

Opinión

LA TRIBUNA

La caja de Petri

**José Prenda**

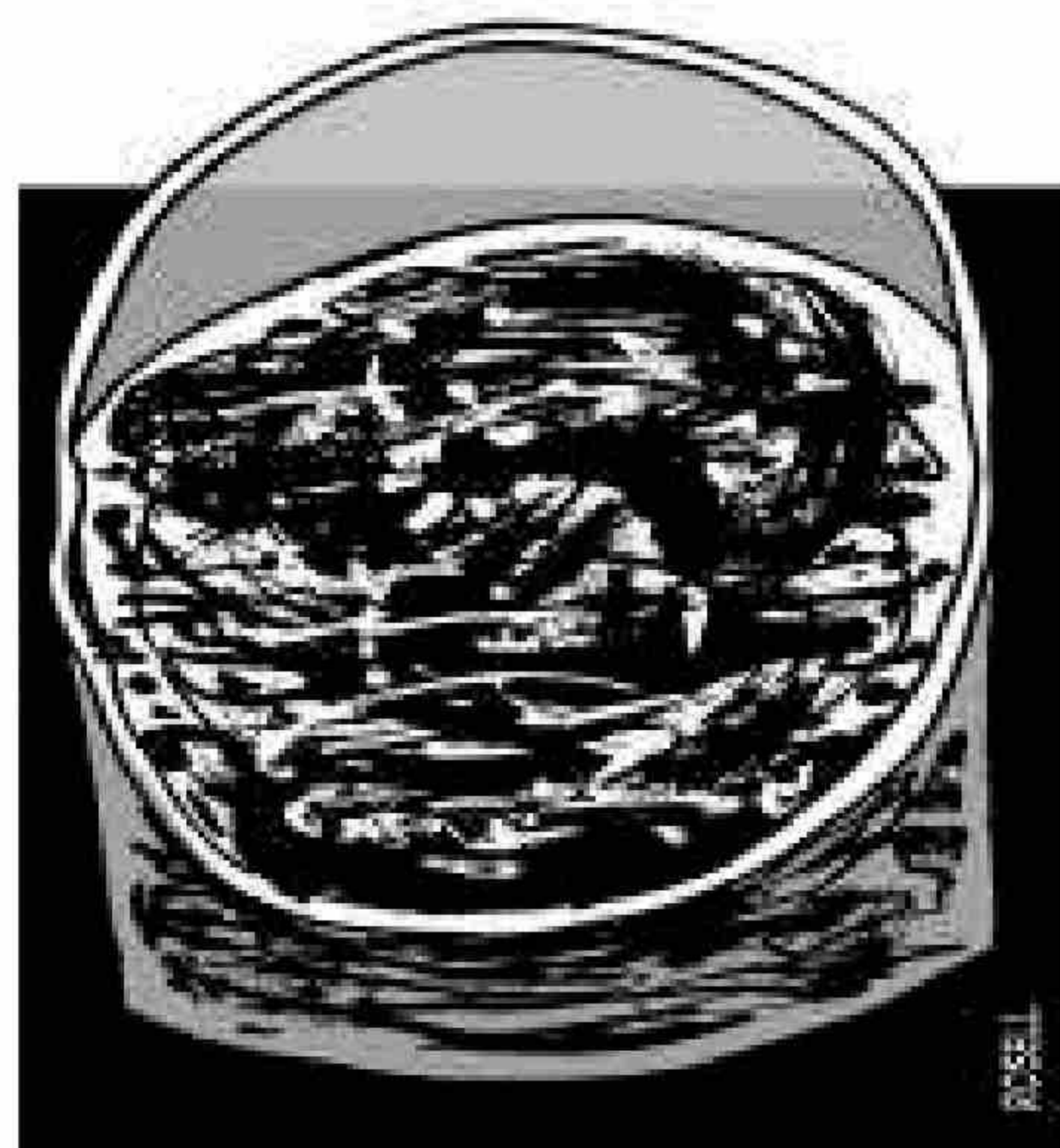
Presidente del Ciecem de la Universidad de Huelva

UNA caja de Petri es como una de esas cajas redondas que sirven para guardar sombreros, pero mucho más pequeña y transparente, de pocos centímetros. La primera vez que usé uno de estos singulares joyeritos, en los primeros años de la carrera de Biología, fue para sembrar un cultivo bacteriano (que es en esencia su principal utilidad) y supuso una experiencia iniciática. Significaba constatar la existencia cierta de microorganismos, más allá de lo que decían los libros y poseer de alguna forma el mundo en tus manos. Aparte de las actividades formales que representaban las prácticas docentes, me gustaba destapar una de estas cajas y dejar que sobre la superficie del medio gelatinoso, rico en nutrientes, con aspecto de golosina, se posaran propágulos de cualesquiera micropartículas que pululasen en aquel momento por el aire del laboratorio.

Pasado un tiempo y como por arte de magia comenzaban a crecer en la placa colonias de seres entonces enigmáticos, de muy diferente aspecto. Al principio leves puntitos de colores, más tarde círculos de más diámetro o formas anastomosadas y finalmente una maraña de mohos, bacterias y otros organismos que cubrían por completo la superficie del medio de cultivo, no dejando ver ni una porción libre de aquella gelatina antes pulcra.

Cuando viajé en avión me encanta mirar por la ventanilla. El paisaje me evoca a la caja de Petri contaminada de mi época de estudiante. La combinación de un sustrato apropiado y propágulos diversos genera un mosaico de formas, colores y texturas que se corresponden con múltiples seres que dan lugar a lo que, en sentido genérico, se denomina biodiversidad. Así que biodiversidad es lo que crece en una caja de Petri contaminada. La Tierra destapada debió recibir en algún momento fragmentos de vida, semillas quizás inverosímiles, que acabaron contaminando el medio de cultivo, originalmente inerte, que representaban aquellas tierras y mares primigenios. Estos seres, con el con-

Uno de estos seres vivos, el 'Homo sapiens', ha adquirido, por efecto del azar, una serie de adaptaciones que lo han convertido en una especie hipercompetitiva y ecológicamente superior al resto



curso del tiempo y los cambios inducidos por diferentes agentes transformadores, evolucionaron hacia una excepcional multiplicidad de formas vivas y poco a poco fueron poblando la superficie del planeta del mismo modo que las bacterias y hongos colonizan el medio de cultivo de la caja de Petri.

Uno de estos seres, *Homo sapiens*, por efecto del azar, ha adquirido una serie de adaptaciones que lo han convertido en una especie hipercompetitiva, ecológicamente superior al resto. Su importancia cuantitativa supera sobradamente a la de las demás. Pero más sustancial que su abundancia es su inmensa capacidad para manipular la materia y la energía. Muchas (muchísimas) son las hormigas o algunos tipos de gusanos. Pero nin-

guno de ellos altera radicalmente la composición química del conjunto de la atmósfera o de la mayor parte de los suelos del planeta o de los mismos océanos. Menos aún, ninguna otra especie se dedica a liberar masivamente elementos radiactivos al medio, ni tampoco se le ocurre bombardear a sus congéneres, como hace *Homo sapiens*, aunque sean frecuentes las luchas fratricidas en el reino animal, meros juegos de niños, si las comparamos con la saña mostrada por el coronel Gaddafi con sus conciudadanos más oprimidos.

Esto no exculpa al resto de seres vivos, que no utilizan bombas fundamentalmente porque no pueden, no porque no quieran (seguramente porque no han desarrollado el rasgo adaptativo de un quinto dedo oponible, lo que les impide apretar un gatillo con la facilidad que lo hacemos nosotros). Porque cada uno a su manera está programado para perpetuar sus genes por encima de cualquier otra circunstancia.

Desde el punto de vista de un científico extraterrestre que investigue el comportamiento de los seres vivos que colonizan la caja de Petri que es la Tierra, *H. sapiens* es una especie más, biológicamente, pero desvinculada temporalmente de los mecanismos que ordinariamente controlan el tamaño de las poblaciones, lo que la convierte en una excepcionalidad ecológica. Las peculiaridades de este raro mono sin pelo, observará el marciano, le están permitiendo, de momento, la invasión acelerada de todos los resquicios susceptibles de ser explotados que posee la Tierra. Esto tampoco es novedoso y es la meta a la que tiende cualquier otro ser, si para ello contase con las vías adaptativas necesarias.

El resultado es que la superficie del medio de cultivo planetario está prácticamente cubierta por el moho humano, cuya actividad está generando numerosos subproductos que envenenan el medio y que está entrando en una violenta espiral de competencia intraspecifica —traducida en crisis económicas y financieras, guerras, etc.—, agudizada por la merma cada vez mayor de nutrientes y elementos esenciales, llamémosles combustibles fósiles, agua y otros recursos básicos y que presumiblemente está conduciendo al ecosistema surgido en esta caja de Petri terrícola a un colapso generalizado. No obstante, para algunos, aún nos queda el alma.

Pero en esta ocasión todo fue más agradable, sin esas incomodidades que provocan a medias el cambio de aspecto y la mala memoria. Teníamos mucho en común, porque nos unía el recuerdo de aquel club de modestas instalaciones. Para algunos, como para mí, todas mis vivencias infantiles vienen del Tenis de la calle Sacramento, construido en terrenos del antiguo vivero del Parque Genovés y lindero con el Hospital Militar, porque pasaba el día entero allí. Algunos y entre ellos, Manolo Supervielle, con 91 años, recordábamos las primitivas pistas de cemento, que se cambiarían por las de tierra de albero; tam-

bién que esta ocasión se aprovechó para cambiar la orientación de las pistas. En un banco, situado al lado del estanque, flanqueado por plantas acuáticas, que llamábamos "paraguas", veíamos a Antonio Machín componer con su guitarra *Angelitos negros*, la canción de moda en el año de la explosión. Casi todos los asistentes se acordaban de Pepe y Alfonso Márquez, de sus mujeres y de sus hijos, Juanitín, Chano y Maripepa, que se casaría con *El Tuta*, y del conserje Pepe Diana. Allí recordamos, con sentimiento, a los que ya no están con nosotros y los que estábamos allí acabamos congratulándonos de que, aunque calvos, gordos, arrugados y viejos —salvo las señoras, que han logrado el milagro de la eterna juventud— podíamos abrazarnos y tomar juntos una copa.

NO es corriente reencontrarse, después de 70, 60 ó 50 años, con personas a las que trataste y a las que quizás no habías vuelto a ver. La conmemoración del centenario de Tenis de Cádiz, en el patio mudéjar del Casino Gaditano, que, aunque edificado en el siglo XIX, debe ser lo más árabe que hay en Cádiz, nos dio, a más de cien personas, esta oportunidad. Y el acto se celebró allí porque, además de que el Casino abre sus puertas a todos los eventos gaditanos, fue en sus salones donde se firmó el acta fundacional. La iniciativa del acto no fue de la actual directiva, que tiene proyectado para celebrar el centenario un interesante programa, sino de un antiguo socio, Valentín Lasanta, que quería el reencuentro, para ver fotos y tomar una copa de vino, de personas que habían jugado en sus pistas o simplemente hecho vida social, hace la friolera de años que escribo al principio.

A mí este tipo de reencuentros, como las comidas de compañeros de curso del colegio, no me gustan mucho, porque lo que ves es el espejo en que tú te estás viendo y te desanima la contemplación de tanta calvicie, arrugas, kilos engordados, porque tampoco a ti el tiempo te habrá pasado en balde. Pueden ser tantos a los que no reconoces que optas al final por hacer la pregunta vergonzante: ¿tú quién eres?

DESDE EL FÉNIX

José Ramón del Río
jde135@hotmail.com

Reencuentros

PALABRA EN EL TIEMPO

Alejandro V. García
avgarcia@grupojoly.com

Indecencia

LA dimisión de Francisco Camps, siendo un hecho de enorme trascendencia política y que forma parte ya de la historia nacional de la infancia, me llama menos la atención que el laberinto de irresponsabilidad moral en que, tratando se escurrir el bulto, se ha metido la dirección del Partido Popular. No ahora, sino desde hace meses, cuando Mariano Rajoy aceptó la candidatura de Camps y lo arrojó públicamente contra los supuestos enemigos que estaban cercando su honorabilidad. Rajoy era consciente de que se jugaba mucho en su envite. Si Camps, como ha ocurrido, resultaba imputado a la primera de cambio tras su victoriosa elección y se veía en el brete de presentar la dimisión, no sólo se derrumbaba el partido en la Comunidad Valenciana (y una forma de hacer política basada en la insolencia) sino también su propio honor. Rajoy se jugaba Valencia pero, al mismo tiempo, su reputación. Y si no la ha perdido al menos ha salido tremendamente malparada. Muchas explicaciones debe Rajoy a los españoles para reparar su torpes procedimientos de los últimos meses. Debe explicar, por ejemplo, por qué se enrocó y no quiso ver lo que parecía evidente: que Camps y buena parte de sus antiguos colaboradores estaban atrapados en un caso, el de los trajes, en apariencia nimio pero con sospechosas ra-

Muchas explicaciones debe Rajoy a los españoles para reparar los torpes procedimientos empleados para salvar a Camps

mificaciones. Pero no sólo no miró para otro lado, sino que respaldó su conducta. Camps dijo ayer que su dimisión fue "una decisión personal, a favor de mi partido, que pretendo que Mariano Rajoy sea el próximo presidente del Gobierno", pensando quizá en el acomodaticio adagio sobre el perro, la muerte y la rabia, pero me temo que no será tan fácil. También Rajoy ha salido tocado.

Los acontecimientos habidos a lo largo del día de ayer merecen un estudio metódico. Primero, el intento desesperado de Génova de encontrar una salida honrosa para el presidente valenciano y los tres cargos directivos imputados mediante una estrategia abiertamente indecente. Los esfuerzos para que todos los inculcados se declararan culpables, pagaran la multa, eludieran la puesta en escena del juicio y, en apariencia, pudieran continuar como si nada hubiera pasado constituían un desafío a todos los principios éticos. A lo largo del día desfilaron por los juzgados el vicepresidente valenciano Víctor Campos; el jefe de protocolo, Rafael Betoret, y el ex secretario del PP valenciano Ricardo Costa. Cantaron la palinodia y se dispusieron a esperar. Pero falló Camps, quizá porque el ejercicio de fambulismo era tan escandaloso que su propia conciencia puso reparos.

Ahora se abre un serio abismo a sólo unos meses de las elecciones generales. ¿Será consciente el votante del PP de que su papeleta será utilizada para enjugar la indignidad y el compadreo de Valencia?